

---

## FIGURACIÓN

---

Ver: *Fantasía y fantasma / Imaginación y fantasía / Ficción / Irrealidad*

---

«La cosa es que el hombre va ejecutando y realizando una cierta selección. Y de esta manera, como acto, como un momento de mis estados mentales, como algo que constituye el campo de la realidad y como algo que fluye en ese campo de la realidad en dirección, orientación y selección, es como la inteligencia está física y fluentemente en la realidad.

¿Quién es el que fluye? El que fluye soy yo mismo. De esto no hay la menor duda. La Psicología al uso –inclusive la de William James– ha sustantivado de tal manera el torrente de la conciencia, que al fin y al cabo mete justamente al propio yo dentro de la conciencia. Esta es una operación difícil de realizar. Quien fluye soy yo-mismo. Ahora bien, yo-mismo no estoy en el fluir de la vida como un soporte sobre el cual la vida fluye. Esto no. Esto sería completamente equivocado. Donde estoy yo justamente en mi fluir es en mi estar fluente en la realidad: justamente en el campo de la realidad.

Pues bien, mientras las demás cosas, transcendentamente inmersas en el campo de la realidad, pasan delante de mí, que estoy justamente como “centro” de ese campo, la posición del yo es ser el centro del campo de la realidad, no ser soporte suyo.

De ahí que este yo, colocado así en el centro del campo de la realidad y entre las cosas que concretamente van sucediéndose (van pasando); el hombre se encuentre ciertamente entre las cosas reales, pero aquello en que esté sea en la realidad. Bien entendido que, como no son cosas independientes la realidad y las cosas reales, sería quimérico pretender estar en la realidad sin las cosas reales. Tan quimérico como sería pretender estar en las cosas reales sin estar justamente en la realidad.

La dirección, la orientación y la selección son algo que, en última instancia, a quien miran es al yo. A este yo que intelectivamente está realmente en la realidad, al estar con las cosas y entre las cosas, con que va haciendo su vida.

Esto no es una egología. En absoluto. Esto no quiere decir que todas las cosas existen *para mí*, pero sí que todas las cosas son vistas *en mí* y, si se quiere, inclusive, queridas *en mí*, no *para mí*, pero sí *en mí*. Quiere decir

que el yo ejercitaría en el campo de la realidad la función de ser un centro y, al propio tiempo, un medio de todo cuando en él acontece.

Ahora bien, ¿qué es eso que acontece al yo, al ser un centro? Si se tratase nada más que de que hay esta fluencia, el hombre se encontraría con que va cobrando, por estar en la realidad, una cierta figura: se la dan las cosas, la pura fluencia. Pero no es el caso del hombre.

El hombre tiene que hacerse inexorablemente. Y al hacerse, va cobrando más caracteres en su realidad sustantiva, va cobrando la figura de su yo, que es el ser sustantivo de la realidad humana. El yo es el ser sustantivo que el hombre va adquiriendo. Al ejecutar sus actos en forma fluente, el hombre va configurando su yo, es decir, su ser sustantivo.

¿Cómo hace el hombre esta figura de su ser?

Imaginemos que esto que se llama la corriente de la conciencia fuese lo que dice William James, un fluir que en cada instante fuera tan irreductiblemente distinto de lo anterior, que no tuviera nada que ver lo anterior; que fuese todo una realidad, pero sin repetición ninguna. El hombre no podría hacer otra cosa sino dejarse vivir. El hombre formaría su vida, pero no se propondría, ni podría proponerse, el hacérsela. En ninguna manera. El hombre necesita para eso, por lo menos, que haya algo que constituya una cierta repetición en el curso de ese torrente. Sin ello, el hombre se formaría, pero no se haría su vida. [...]

Todo acto que el hombre ejecuta refluye sobre el ejecutante añadiéndole – en todo caso modificándole– rasgos que pertenecen a ese yo. [...] Las cosas, por muy distintas y dispares que sean, por muy ajenas que sean al hombre, van dejando justamente la impronta retrospectiva, en virtud de la cual esas cosas físicas van justamente imprimiendo caracteres a mi yo, a mi realidad, a mi yo sustantivo, a mi ser sustantivo.

Ahora bien, si esto es así, es menester que el torrente, lo que se llama fluir, no sea tan radicalmente heterogéneo que no quepa en él repetición ninguna.

Y, efectivamente, hay una repetición, en el sentido de que el torrente fluye, la fluencia, es siempre *recurrente*. Quiere decir que vuelven a pasar complejos de notas que serán completamente idénticas, que no son sujetos ni sustancias, esto tampoco, pero que sí son sistemas de notas, que por lo menos parcialmente se van repitiendo en distintos instantes de la fluencia. Solamente entonces el hombre puede apoyarse en las cosas para hacer su vida: cuando hay recurrencia. En esa recurrencia de algunas notas o de todas, por lo menos a las idénticas yo las reconozco como idénticas; yo veo en cierta manera que lo que estoy viendo ahora es lo que tal vez vi antes. No por completo, pero por lo menos en parte.

Si lo que quiero es contemplar estas notas desde el punto de vista de la recurrencia de las notas que antes fueron, entonces me encuentro con que, a lo mejor, esas notas que veo –reales, ciertamente– parecer ser un

hombre, pero a lo mejor son un arbusto que está en el horizonte. Es el orto de la distinción entre el parecer y la realidad.

Solamente donde hay recurrencias puede haber un fundamento para la diferencia entre la realidad y el parecer. El parecer está dentro del carácter físico de realidad.

De ahí que el hombre tiene que apoyarse en estas cosas para poder hacer la figura de su ser, entonces el hombre, ante esas recurrencias, lo que tiene que hacer es "figurarse" cómo son las cosas. Justamente ahí está el momento de lo irreal. El hombre se figura cómo son las cosas. Elaborar lo irreal es figurarse, por lo menos de una manera radical, cómo son las cosas, lo que son las cosas.

Comoquiera que sea, el hombre se figura. Y se figura en el sentido más medial del vocablo. Se figura, porque tiene necesidad justamente de figurarse cómo son las cosas para apoyar su vida en ellas; pero, además, no solamente tiene necesidad de figurarse cómo son las cosas, sino de figurarse en el sentido medial del vocablo. "Se" figura, es decir, se *autoconfigura*.

*Figurarse es algo inexorable para ir fluentemente a las cosas, apoyándonos en ellas para hacer mi propio yo.»*

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 120-125]



«La experiencia se funda en la inteligencia sentiente en tanto que en ella "estamos en la realidad", y no simplemente "aprehendemos" la realidad. Por consiguiente, la experiencia se inscribe por entero dentro de la realidad y de nuestro estar en la realidad.

Es absolutamente falso que sea la experiencia la que nos lleva a la realidad; justamente al revés: es la realidad la que hace posible que haya eso que llamamos experiencia.

La experiencia se inscribe por entero dentro de la realidad y concierne a lo que hay en la realidad. No hay por eso nunca experiencia de la formalidad de lo real. Eso no es experiencia: eso es justamente un acto de intelección sentiente, es el sentir intelectual, pero eso todavía no es experiencia. No confundamos experiencia con el sentir, aunque este sentir sea intelectual. Estamos en la realidad, instalados en la realidad, atentos a ella y henchidos de realidad, y precisamente sólo por eso hay lo que tenemos que averiguar: experiencia.

Si no hubiese recurrencias en la fluencia, no habría experiencia alguna. Esta recurrencia no plantea un problema de memoria –que es cosa secundaria– sino un problema distinto. En la medida precisamente en que la memoria es, no una mera retentiva, sino una identificación, como la identificación nunca es plenaria, uno se pregunta si aquello que se me presenta como

hombre, con unos ciertos caracteres que son reales, efectivamente es un hombre o no lo es. Es justamente el dominio del parecer.

En esa recurrencia y en el modo fluyente de estar en la realidad se constituye lo que llamamos el parecer. Y el hombre, inexorablemente, se figura que aquello es o no es, por ejemplo, un hombre. En ese figurarse está justamente el forjarse lo irreal. Pues bien, figurándonos lo que las cosas son, nos acercamos a ellas; justamente, creyendo o figurándonos que son una cosa o que son otra. Creo –me figuro– que es un hombre, a lo mejor resulta un perro o un arbusto, o resulta algo completamente nuevo, que no sé lo que es; pero nos acercamos a la cosa estando en realidad. Nos acercamos a algunas de las cosas que hay en esa realidad, figurándonos lo que ellas son.

Este modo de acercamiento es un modo de estar en las cosas orientado por la figuración. Y este modo diría que es *probación*. Uno agrega al mero sentir de las cosas la probación de lo que ellas son; no es comprobación, la comprobación es una cosa muy intelectual en el sentido teórico del vocablo. Aquí se trata de algo más elemental, que es justamente probación.

Una probación que dice exactamente lo que en griego dice el verbo πειράω, que es justamente tener experiencia de algo; o el verbo δοκιμάζω, por ejemplo, cuando San Pablo en la Epístola a los Corintios nos dice δοκιμαζέτω ἄνθρωπος ἑαυτὸν [1 Cor 11, 28], “pruébese el hombre a sí mismo”, aquí se trata de una probación.

Pues bien, justamente la experiencia es la aprehensión y el estar en las cosas en una probación que consiste precisamente en probar si las cosas son o no como nos las hemos figurado. Experiencia es constitutiva y formalmente probación, probación de si las cosas, efectivamente, son o no son como nos hemos figurado; y no por un razonamiento, sino justamente por un contacto inmediato con ellas.

La experiencia por esto no es mero sentir. Ni que ese sentir sea el sentir puramente sensible de que hablan los empiristas; ni tan siquiera el sentido intelectual de la impresión de realidad. Porque eso sería sentir, pero no sería tener experiencia.

La experiencia consiste en ese contacto con las cosas, en virtud del cual, efectivamente, las probamos a ellas y las probamos, como toda probación, con vistas a algo, que es lo que nos hemos figurado de ellas. Eso es justamente la experiencia.

Sin figuración no habría probación, ni por tanto habría experiencia. La integración de lo irreal, que es una figuración, en lo real, es justamente esto: experiencia.

Esa es la integración funcional de lo real y de lo irreal como un proceso único. Ese proceso es la experiencia, que consiste en la probación de la realidad orientada, justamente, a lo que nos hemos figurado de ella. [...]

Cuando uno forja la idea (en la que lo ideado, en tanto que ideado es perfectamente irreal), la probación no simplemente es de lo que son las cosas, sino de lo que son las ideas mismas. La experiencia nos enseña a idear y no solamente a aprehender las cosas, prueba a una las cosas y las figuraciones mismas (y justamente esa unidad es uno de los aspectos de la integración de que venimos hablando); a uno, la experiencia nos enseña lo que son las cosas y lo que son nuestras figuraciones de ellas.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 153-157]

---

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten